

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Tim Dowling

# Cómo ser marido

Traducción de Mauricio Bach



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
How To Be a Husband  
Fourth Estate  
Londres, 2014

*Ilustración:* © David Levene

*Primera edición:* junio 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Mauricio Bach, 2015

© Tim Dowling, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7929-2

Depósito Legal: B. 11248-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*A Sophie; ¿a quién si no?*

## INTRODUCCIÓN

En el verano de 2007 recibí la inesperada petición de hacerme cargo de la primera página del suplemento *Guardian Weekend*. Digo que fue inesperada, pero admito que era una posibilidad que había tomado en consideración mucho antes de que me hicieran la propuesta. Recibí por tanto la noticia con mi habitual mezcla de gratitud e impaciencia: estupefacto, entusiasmado, inmensamente halagado y pensando que ya era hora. Era impensable rechazar la oferta, pese a que la idea de aceptarla me generaba un enorme recelo. Aunque a lo largo de los años había pensado a menudo en que me gustaría hacerlo, lo cierto es que no había reflexionado mucho acerca de cómo hacerlo. ¿Sobre qué iba a versar mi columna semanal?

«No quiero que te consideres obligado a hablar sobre tu propia vida», me decía la directora en el único e-mail que me envió sobre el tema. Tal vez, pensé, no quiere que me sienta constreñido por ningún formato en particular, o quizá se mostraba cautelosa porque la única ocasión en que tuve que reemplazar a mi predecesor, Jon Ronson, había escrito un texto sobre un anodino asunto doméstico y al poco tiempo el suplemento publicó una carta que decía: «¿Puedo sugerir que el misterioso olor en casa de Tim Dowling proviene de

su propio trasero, ya que de él emana su habitual tufillo de petulancia y pomposidad?» Fuese este u otro el motivo, deduje que las instrucciones eran: escribe sobre lo que quieras, excepto sobre ti mismo.

La directora no tardó en cogerse una baja por maternidad y no volví a saber de ella. La única información adicional que recibí fue una fecha para la primera columna, a mediados de septiembre. Al acercarse la fatídica fecha fui presa del pánico y escribí un texto sobre el gato y el perro que me seguían el día entero por la casa, precisamente el tipo de tema contra el que me habían advertido. Mientras pulsaba el botón de enviar me imaginé a mí mismo teniendo que defenderlo («¡Es cierto! ¡Me siguen!») en una reunión de emergencia convocada a toda prisa.

No hubo ningún comentario y la columna se publicó tal como la había redactado. Me pregunté si incluso el veto a los temas domésticos se había levantado. Decidí que daba igual, porque ahora disponía de una semana entera para aclarar mis ideas.

La siguiente columna consistió en una parodia de disculpa minuciosamente forjada a partir de unos escándalos recientes que habían afectado a la BBC y tenía la doble ventaja de ser extremadamente tópica y casi exactamente de la longitud adecuada. Dos semanas después, sin embargo, sufrí un nuevo bloqueo de la imaginación y en el último minuto escribí sobre la pasmosamente insensible reacción de mi mujer cuando un taxi me hizo caer de mi bicicleta. Me pregunté si llegaría a aguantar un mes antes de que me despidiesen.

Ya empezaba a sentir la presión de una columna semanal; en la siguiente fecha límite de entrega estaba en Sudamérica cumpliendo con otro encargo, afectado por el jet lag y desprovisto de imaginación. Después de tomar muchas notas a mano y mesarme los cabellos, elaboré una parodia de esas

preguntas para clubs de lectura que te encuentras en las páginas finales de algunas novelas de bolsillo, basándome exclusivamente en el material literario del que disponía allí.

Una semana después, en respuesta a un reportaje que sugería que los neandertales podían haber tenido la capacidad de hablar, improvisé un divertido diálogo entre una pareja de neandertales que esperaban a su vecino *Homo sapiens* para cenar. Si hubiera dispuesto de más tiempo, se me habría ocurrido un final más logrado, pero mientras le daba un repaso pensé que por fin empezaba a encontrar mi tono.

El pánico no tardó en volver a apoderarse de mí. Se aproximaban las fechas de cierre navideñas y tenía que preparar por adelantado varias columnas. Durante las siguientes semanas escribí casi en exclusiva sobre crisis domésticas: discusiones frente al televisor, discusiones sobre los niños, sobre el limpiacristales e incluso sobre la propia columna. Completé cada una de ellas con una sensación de fracaso y haciéndome la tácita promesa de que la siguiente semana me ceñiría más a la propuesta inicial. Cuando por fin logré escribir algo con un planteamiento menos personal y más sofisticado, recibí un e-mail de la directora, la primera auténtica reacción que recibía desde hacía meses. Decía: «¿Qué ha pasado con esa esposa tan divertida?»

Y así fue como empecé a salpicar las páginas del periódico con detalles de mi matrimonio, sin tomarme en ningún momento el tiempo de sentarme y reflexionar sobre las implicaciones éticas del asunto, si es que las había. Sé que hay otra gente que considera lo de escribir sobre la propia familia una actividad repleta de interesantes escollos morales, pero yo carecía del lujo de esa perspectiva. De hecho, transcurrieron seis meses completos antes de que fuese consciente de lo que intentaba lograr con mi nueva columna: intentaba hacer reír a mi mujer.

Ella es prácticamente la única persona que lee lo que

escribo en voz alta delante de mí y he llegado a verla como el principal árbitro del planeta sobre lo que es y lo que no es gracioso. Y cuando yo me esforzaba por escribir columnas menos personales, más abstractas, me daba cuenta de que éstas no le hacían gracia. Leyó la del neandertal en completo silencio en la cama un sábado por la mañana y al acabarla suspiró y dijo: «Echo de menos a Jon Ronson.»

Pero en cambio se mostraba favorablemente divertida con cualquier columna en la que aparecía ella, y a menudo se reía a carcajadas cuando leía lo que ella misma había dicho.

«Soy graciosa», decía entre risotadas. «Tú te limitas a ponerlo por escrito.»

Se trata, obviamente, de un delicado equilibrio que requiere tacto, sensatez y una buena cantidad de empatía, motivo por el cual en varias ocasiones metí la pata seriamente.

—No me gusta cuando en el titular pone «Mi mujer» —me dijo mi mujer un sábado a principios de 2008. Nunca había puesto objeción alguna a que me refiriese a ella simplemente como «mi mujer» (agradeciendo, creo, el tímido intento de preservar su anonimato), pero reproducido en grandes letras el término parecía desdeñoso y denigrante, particularmente en un titular como el que estaba leyendo: «No me gusta cuando mi mujer contrata a gente y me deja a mí a cargo». Era una objeción comprensible, que requería una respuesta diplomática y cuidadosamente argumentada.

—¡Yo no redacto el titular! —me excusé—. Del titular se encargan ellos.

Varios meses después me dijo que no podía escribir sobre nuestro hijo mayor refiriéndome a él como una «apisonadora de la autoestima», pero no era una perla a la que yo pudiera renunciar fácilmente. Escribí sobre ello de todos modos, incluyendo sus objeciones en el texto y decidí tomarme su pético silencio como una aprobación tácita.

Seis meses después de esto, mi mujer proclamó, sin motivo alguno, que se divorciaría si alguna vez se me ocurría escribir sobre que la había pillado viendo *Dog Borstal*, un programa de adiestramiento canino. Parecía más bien un farol.

Un día lluvioso durante nuestras vacaciones veraniegas en Cornualles, levantó la vista del periódico y me lanzó una mirada indignada.

–Has ido demasiado lejos –me dijo. Yo le devolví una mirada neutra; para cuando se publica la columna en el periódico, no siempre recuerdo lo que he escrito.

–¿De qué me hablas? –le pregunté.

–¡Me has comparado con la esposa del caso de la canoa! –me gritó. Entonces lo recordé: habíamos estado discutiendo mientras veíamos una noticia en el telediario sobre el hombre de la canoa, que había desaparecido después de volcar lo que técnicamente creo que era un kayak, y su esposa, que conspiró con él para simular su muerte y poder empezar una nueva vida juntos en Panamá con el dinero del seguro.

–Creo que lo estás malinterpretando –le dije. Cuando lo releí más tarde descubrí dónde podía haber establecido inadvertidamente ciertos paralelismos entre mi mujer y la esposa del hombre de la canoa, pero me seguía pareciendo que su interpretación requería una valoración francamente poco generosa de mis intenciones.

Se pasó el resto de la tarde telefoneando a personas que sabía que coincidirían en que yo había ido demasiado lejos. Dadas las circunstancias, hice lo único que se me ocurrió: escribir también sobre eso.

Pasó más de un año antes de que volviese a suceder: esta vez mi mujer estaba furiosa –realmente furiosa– porque yo había escrito algo que no le gustó en una columna en la que ella apenas aparecía. Su explicación no me parecía muy ra-

zponible (no osaré intentar reproducirla), pero no había ninguna duda de que estaba muy enfadada.

Me di cuenta de que daba igual que yo no lo entendiese, que su reacción era motivo suficiente para dejar de escribir la columna si eso era lo que ella quería; ni siquiera me tenía que avisar con una semana de antelación. Pensé fugazmente en ofrecerme a cancelarla, hasta que sopesé las posibilidades de que ella, con lo indignada que estaba entonces, me tomase la palabra.

Había un par de soluciones obvias al problema. Hubiera podido evitar escribir sobre mi matrimonio, pese a que mi mujer insistía en que la columna en sí misma no la incomodaba; era sólo que de vez en cuando la sacaba de quicio alguna frase desacertada que consideraba que podía causarle problemas en el trabajo, aunque eso sólo sucedió una vez, y en esa ocasión ninguno de los dos previó que pudiese suceder.

También hubiera podido, supongo, mostrarle la columna antes de entregarla, para darle la oportunidad de informarme de objeciones específicas, pero no me gusta que la lea antes de tiempo, porque entonces podría no referse el siguiente sábado. Se supone que debe ser una sorpresa.

Sinceramente, ojalá hubiera ofendido a mi mujer con una frase cruelmente destilada tan pocas veces en la vida real como lo he hecho en mi columna. He hecho montones de cosas estúpidas y desagradables a lo largo de mi matrimonio, pero con la columna dispongo de toda una semana para comprender en qué me he equivocado y, efectivamente, pedir disculpas.

Imponerse la obligación de escribir sobre la propia vida matrimonial conlleva el riesgo de que uno mismo se vea forzado a crear conflictos simplemente para cumplir con el número de caracteres asignados semanalmente. La verdad es que nunca he tenido que hacerlo. Puede que resulte difi-

cil de creer, del mismo modo que a mí me resulta difícil imaginar un matrimonio tan bien avenido que carezca de las tensiones necesarias para mantener una columna semanal. En cualquier caso, y lo digo sinceramente, no estoy seguro de que me gustara formar parte de un matrimonio así. Y hay muchas posibilidades de que la pareja en cuestión acabase aburridísima de su relación.

Hace veinte años mi mujer y yo nos embarcamos en un proyecto temerario, cuya mera perspectiva nos parecía a ambos tan agotadora, correosa y huera que sólo pensar en él nos provocaba escalofríos. De hecho ninguno de los dos se lo propuso al otro, porque probablemente ninguno de los dos era capaz de defender la idea. Simplemente lo acordamos –vamos a casarnos– con la resignada determinación de dos personas que planean enterrar un cadáver en el bosque. Excepto por el pequeño detalle de que si decidieses enterrar un cadáver en el bosque, probablemente no llamarías a tus padres inmediatamente para darles el notición.

Dos décadas después seguimos juntos, seguimos casados y seguimos..., bueno, si dudo en decir «felices» es sólo porque es uno de esos términos absolutos, como «definitivamente despiojado», que la vida me ha enseñado a utilizar con cautela. Resulta inherentemente arriesgado mostrar alegría. Sé perfectamente que veinte años de matrimonio no te garantizan necesariamente otros diez más.

La verdad es que sólo puedo hablar por mí mismo, y si bien diría que soy, en general, feliz, también es cierto que no pasa un día sin que me pare a pensar: ¿qué diantre te ha pasado? No me lo pregunto en plan dramático. Pero la verdad es que cada día sigo sorprendiéndome.

Esto no es exactamente un manual de autoayuda. Si en él os encontráis con algo que parezca un consejo, os preveniría sobre tomároslo demasiado al pie de la letra, pese a que

soy consciente de que es, en sí mismo, un consejo. Sospecho que el tipo de gente que lee libros de autoayuda no tiene intención de tomarme como modelo.

Esto no es más que la crónica de cómo he acabado aquí y al mismo tiempo una reflexión sobre lo que significa ser un marido en el siglo XXI y lo que se necesita y no se necesita para mantener en funcionamiento este negociado en los tiempos que corren. No tengo la pretensión de ofrecer grandes consejos verdaderamente útiles sobre cómo comportarse como un hombre. Del mismo modo que mis hijos consideran que las advertencias tipo «¡Que no cunda el pánico!» cuando las digo yo suenan ligeramente graciosas, lo mismo sucedería con cualquier consejo que pudiese dar sobre cómo conquistar la hombría. Yo intenté convertirme en un hombre, pero al final lo único que sucedió es que fui cumpliendo años.

Sin embargo, «marido» es uno de los principales puntos de mi currículum, justo debajo de la «licenciatura en inglés» y justo encima de «Una vez me sumergí en una jaula entre tiburones por dinero». «Marido» es la dedicación que hace que todo lo demás parezca un hobby.

Aunque llevo la distinción con orgullo, soy consciente de que el título de «marido» no goza en estos tiempos de mucha estima. Siempre fue una palabra un poco rara. Proveniente del escandinavo antiguo, *husband* (marido) significa básicamente «dueño de la casa», un sentido que subsiste en la palabra *husbandry*, referida a la posesión de tierra y/o animales, y todo eso no tiene ninguna relación conmigo.

Ningún otro idioma utiliza la palabra *husband* con el sentido de «marido». En Suecia dicen *man*; en Dinamarca, *mand*. Los franceses usan el mucho más igualitario *mari*, que simplemente significa «hombre casado», aunque es fácil confundirlo con el nombre de chica Marie, que es también la palabra francesa para ayuntamiento. Como consecuencia,

confundo a menudo los más simples comentarios amables en francés con confesiones de amoríos.

*Husband*, por otro lado, suena como un oficio arcano, desprovisto hace mucho de sus ornamentos y por lo tanto ligeramente cómico. Es como llamar «jefe» a alguien por el que no sientes ningún respeto. De modo que mientras que me siento capaz de utilizar la palabra «esposa» con una mezcla de orgullo y delectación («¡Eh, mira! ¡Aquí viene mi esposa!»), mi esposa sólo utiliza la frase «¿Ya has conocido a mi marido?» como remate del chiste, normalmente cuando escucha a algunas personas discutiendo sobre los peligros de googlearse a uno mismo.

Pero he oído cómo preguntabais: ¿eres un buen marido? Básicamente eso es algo que sólo mi mujer puede valorar, pero creo que sé lo que diría: no. Sin embargo, no puedo evitar pensar que existe una respuesta más larga, un modo más considerado y ponderado de decir que no. Como mínimo puedo echar la vista atrás y señalar los rodeos que di para sortear algunas de las trampas que tuve la fortuna de superar, y contar algunas historias moralizantes sobre aquellas en las que caí de cabeza.

Cuando los ricos y los famosos repasan su camino hacia el éxito para la gente a la que le gustaría triunfar como ellos, el relato suele estar teñido de una «predisposición a la supervivencia» que simplemente no tiene en cuenta los ejemplos de otras miles de personas que hicieron un periplo similar y no llegaron a ninguna parte. A toro pasado, el éxito puede parecer una fórmula repetible resultante de la suma de trabajar duro y tomar una serie de decisiones astutas. Ningún emprendedor ha escrito unas memorias en las que se diga: «Entonces hice algo tremendamente arriesgado y en absoluto inteligente, pero de nuevo la fortuna optó por recompensar mi estupidez.»

Yo no me permito el lujo de revelar el secreto de mi

éxito, ni siquiera a toro pasado. No he llegado a mi actual situación –marido, padre, persona con un trabajo remunerado– llevando a cabo una estrategia deliberada. He llegado a mi actual situación por casualidad. Una fría tarde de invierno de hace veinticuatro años mi vida se salió del sendero pautado sin previo aviso. Por lo que a mí respecta, me limité a mantenerme a la expectativa.

Mi exitoso matrimonio se ha forjado a base de errores. Puede que esté fundamentado en el amor, la confianza y unos objetivos compartidos, pero se nutre de una regular dieta de cobardía, impaciencia, comentarios fuera de tono y escasa astucia. Pero también: disculpas, muestras de gratitud que llegan con retraso y frecuentes llamadas a la calma. Cada día es una lección sobre lo que estoy haciendo mal. Echando la vista atrás sobre estos últimos veinte años resulta evidente que lo único verdaderamente inteligente que he hecho ha sido básicamente elegir a la persona adecuada, y no estoy muy seguro de que lo hiciese a propósito.

E incluso si mi elección fue acertada, también tenía ella que elegirme a mí. ¿Con qué frecuencia sucede esto? Por eso lo que digo es que se trata de suerte, pura y simple.